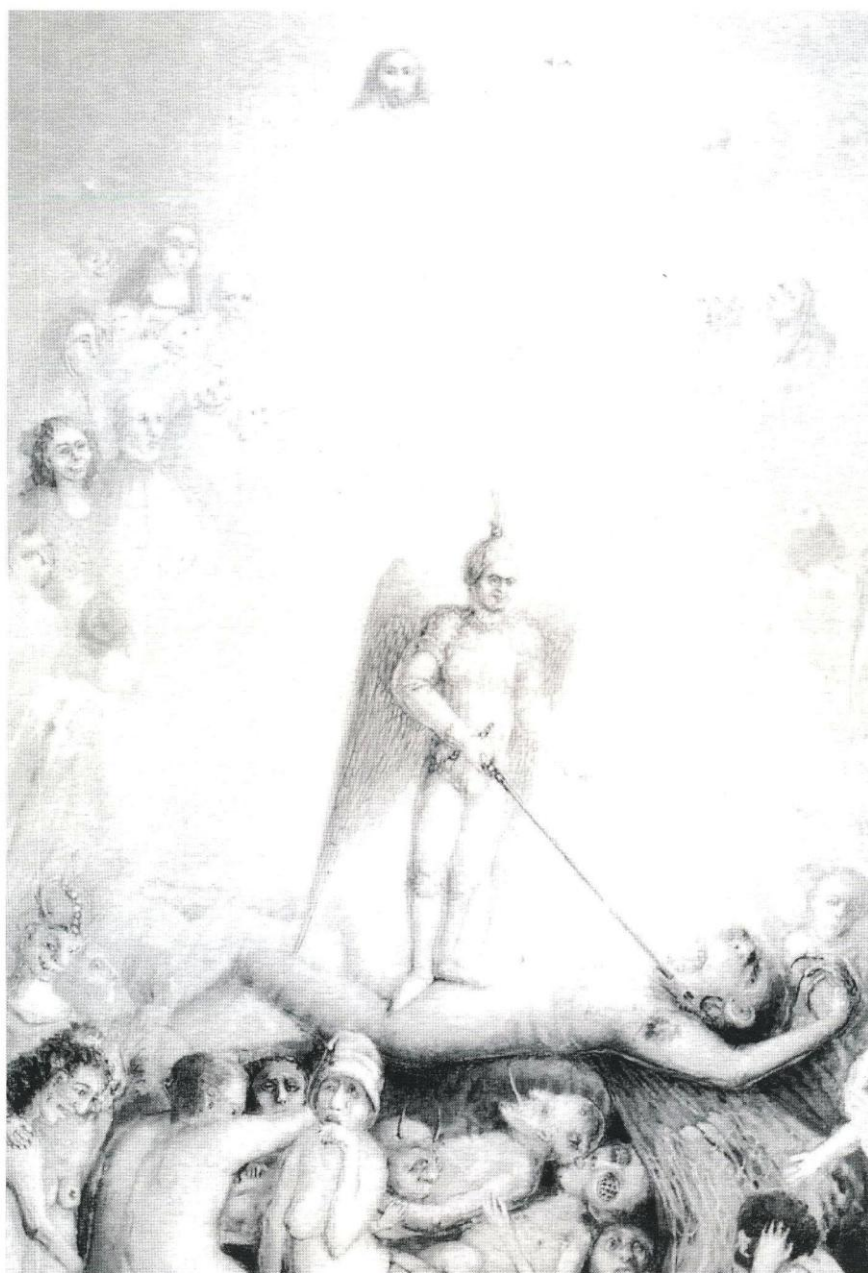


Yo acuso II

Cuando se hablaba del 25 aniversario del golpe de estado de Chile, el escritor Pedro Lezcano contestaba en una entrevista que se le hacía en el periódico "La Provincial", el 13 de septiembre de 1998, que "Allende era personaje excepcional, un intelectual activo y heroico, que es muy raro que se dé, porque los que piensan, por lo general, no actúan". Lezcano, que goza de una de las substancias más importantes de que puede gozar el ser humano, la experiencia, disparó en este caso con balas de verdad.

En rigor, si alguien cultivado en el condumio filosófico en este siglo que acaba, se propone con absoluta sinceridad contrastar lo que le enseñan en los lugares públicos del saber con lo que se ve, normalmente, en el mundo real, la primera tendencia honesta e instintiva será la de coger las armas o plantarse bastante en serio. Me viene a la cabeza, por ejemplo, el caso del filósofo Sartre negándose a recoger el Premio Nobel y en amigable compañía con guerrilleros de la época (uno de los cuales, retirado tranquilamente en Francia, fue encarcelado hace poco por la policía alemana); y me viene a la cabeza, también, el caso de Toni Negri, el filósofo italiano que tomó parte en las luchas izquierdistas de los setenta y ahora purga en la cárcel su pasado beligerante; y me viene, asimismo, a la cabeza, el caso de Abimael Guzmán, adalid de una lucha de liberación maoísta que provocó decenas de miles de muertos y ajusticiados en Perú, también filósofo y con su tesis doctoral tratando acerca de una problemática kantiana; y cómo no, me viene también a la cabeza el filósofo José Luis Álvarez Santacristina, "Txelis", detenido en Bidart en marzo de 1992, cuya tesis doctoral trató de un intrincado tema aristotélico, y que ha sido presa de un efecto filosófico en su vida, es decir, el de una profunda crisis mística que le llevó a convertirse religiosamente y abjurar de los métodos violentos para la liberación del pueblo vasco; y, termino ya, para no cansarnos, también recuerdo a otro filósofo, Arnaldo Otegi Mondragón, actual portavoz de Herri Batasuna y militante de base en su tiempo de Eta político-militar y luego de Eta militar, a quien tal vez la filosofía le haya dado parte de su capacidad negociadora:



discute hábil e incansablemente, es directo y seguro de sí mismo, y pocos obstáculos le amilanan; y añadamos, por fin, a otro pensador, en este caso sociólogo: al subcomandante Marcos de Chiapas. Pero aquí. El paradigma de Pedro Lezcano parece cierto por defecto, es decir, efectivamente, “los que piensan por lo general no actúan”, pero si se quitan algún tipo de velo de los ojos, el velo de estar siempre admitiendo sin discusión las reglas y los comportamientos sociales del “statu quo”, entonces, lo primero, dejan de perder el tiempo en pensar y, lo segundo, pasan a la acción y la arman.

Claro que también podemos entender la cultura como origen de formas más suaves de reacción, y entonces vemos cómo uno de los primeros casos en los que el intelecto se utilizó para influir y criticar un comportamiento social, el famoso “Yo acuso” de Emilio Zola en el periódico “L’Aurore”, el 13 de enero de 1898, tuvo repercusión sin violencias físicas, y empezó la violencia verbal escrita a ser un arma semejante a la que temen los políticos actuales de la prensa cuando ésta hace que tambaleen sus poltronas.

El catedrático de Historia del Pensamiento Santos Juliá, el pasado agosto,

en la UIMP, recordaba que en 1930, ya en España, José Ortega y Gasset publicó un artículo sobre la monarquía que provocó una gran convulsión, lo cual hoy día resultaría casi impensable.

Actualmente, que la cultura, o la concienciación si se quiere, sea un arma que libere de la alienación al sujeto pasivo inserto en la sociedad, es algo cada vez más dudoso, sencillamente porque el intelectual, clásicamente llamado a aperturar los ojos a la turba ignara, es a todas luces tan ignaro como la turba que pretende salvar. Y vamos a ver si nos explicamos apoyándonos en varias autoridades que a lo largo de 1998 se han pronunciado al respecto.

Domingo García Sabell, en *El País* del 22 de julio de 1998, escribió un artículo titulado “La Agonía de la Novela”. En este texto constataba que “cada día se escriben más novelas y cada día nos aburren más”. Esta podría ser una subjetividad no generalizable, pero está claro que es razonable admitir, como en todo, que, como dice García Sabell: “el exceso de producción nos anega y corremos el riesgo de naufragar”, y más adelante, en una reflexión historicista: “¿Quién escribe hoy teatro en verso o epopeyas? Nadie”, y de aquí, una pregunta: “¿Estamos ante lo novelesco en parecida situación?... quizás el arte narrativo se encuentre en franca decadencia”.

Pero la reflexión de García Sabell es más eficaz en otro punto que posibilitará que nos resituemos. Dice que “Ya no hay tramas que apasionen al lector como ocurrió el siglo pasado, época de gran madurez narrativa, en la que nacieron grandes y definitivas novelas ¿Motivo? el acuciante problema del adulterio”. Efectivamente, un libro como la Biblia, en manos de mormones o de testigos de Jehová, o de fundamentalistas cristianos de cualquier índole, será siempre un libro que provocará paroxismos. Novelas como las aludidas por García Sabell (*Madame Bovary*, *Le rouge et le noir* y *O primo Bazilio*) provocaron en su época hasta suicidios, pero para todo ello necesitamos una sociedad ingenua, pacata, en la que, como el otro que dice, un adulterio o una minifalda muy subida provoque sofocones en unos miembros de la sociedad y haga trastabillar los equilibrios de la comunidad. Con esta premisa podemos afirmar que aún

hoy es posible que el verbo escrito posibilite intelectualmente reacciones en sociedades estancadas, poco flexibles, fanatizadas por el mundo de las ideas, y recientemente tenemos el ejemplo de *Versos Satánicos*, de Salman Rushdie, novela que hizo mella en la comunidad musulmana revelando la inmadurez precisa en un cuerpo social para que las ideas (en este caso religiosas) hagan presa en la estructura a tal punto que impliquen el acabamiento o aniquilación de toda manifestación "sensu contrario". En un caldo de cultivo así, repito, sí que el verbo escrito y, si se quiere, el intelectual, pueden tener un valor importante. Pero es que si analizamos con objetividad y perspectiva los casos, estos también resultarán ridículos: que *El último Tango en París* hubiera que ir a verlo en la España de Franco a Perpignan, o tampoco se pudiera visionar tranquilamente el documental *Helga*, hoy da risa, tanta como la que da a lo que son capaces de llegar las actitudes dictatoriales en las que se ahorra la libertad de expresión: Gadaffi o los talibán prohíben la televisión, Pinochet prohibió la literatura marxista y Fidel Castro dice que *Guantanamo* es música antirrevolucionaria. Y en otra época el Papa católico mandó a quemar a un señor por decir verdades científicas de orden básico. En estos casos está claro que un tonto es un rey en el país de los ciegos y un intelectual llega a ser, cómo no, hasta necesario en algunas ocasiones.

Pero es más, en estos casos por así decirlo de analfabetismo o intransigencia nata, lo que ocurre es algo tan simple que puede ser explicado con la teoría marxista de la superestructura ideológica que aliena al pueblo ignorándolo. La solución sería la concienciación, es decir, la educación. A un pueblo educado igual que sus elites no se le puede manejar como a un pueblo que responde a situaciones básicas del pan de cada día. El profesor Santos Juliá, trasladando el escenario a la democracia opulenta y moderna de occidente dice lo contrario, lógicamente: los intelectuales en épocas menos favorecidas que éstas, venían a ser la voz del pueblo porque pocos podían cursar estudios superiores, pero hoy día, cuando una gran mayoría de ciudadanos dispone de estudios superiores, nadie puede venir a instalarse en el estatus de intelectual salvador o interpretador para liderar a un conjunto de ciudadanos que ya saben dirigir por sí mismos lo que es bueno o no para cada quien.

En efecto, José Luis Abellán, catedrático de filosofía de la Universidad Complutense de Madrid, en *El País*, el 18 de agosto de 1998, en su artículo "El intelectual de hoy a la luz del 98", decía: "Un sociólogo, un economista, un historiador, un psicólogo o un antropólogo son hoy figuras reconocibles de un intelectual moderno. Hoy éste está más cerca del técnico que conoce su especialidad y maneja los métodos e instrumentos propios de ella que del pensador clásico preocupado por el sentido de la vida, la marcha del mundo o la globalidad del género humano".

Pero todos recordamos la cara de Albert Einstein a quien, como intelectual reconocido, le preguntaban de cualquier cosa y él tenía que responder que no sabía sino de lo que sabía. Distinto del gordufo de Camilo José Cela, a quien hemos visto interrogado hasta sobre cómo hacer de comer un plato determinado y se ha metido a cocinero, por no hablar de sus recomendaciones intelectuales acerca de si meterla por delante o por detrás. Al final, si el intelectual es un técnico en su materia, mal entendido lo tiene el común de los mortales que piensan que si saben de algo deben saber de todo. Es como los artistas guapos: normalmente son tontos. No por guapo alguien deberá ser listo sino que, la mayor parte de las veces, o es lo contrario, o no tiene nada que ver.

El "quid" actual del intelectual, del opinador, en la sociedad plural moderna está en lo que dice Abellán en el texto precitado: "Hoy en España se puede vivir de la pluma con una sola condición: renunciar a la autonomía de la propia creación, a la obra original que uno haría si no estuviera mediatizado por las revistas culturales, los programas de radio, la prensa del corazón, las series de televisión, los cursos de verano, etcétera. Mientras se esté dispuesto a renunciar a la propia creación para atender los pedidos y demandas provenientes de los mass media, no habrá problemas de supervivencia económica. Al contrario, tendremos la satisfacción de estar bien integrados en el sistema".

Pero, visto para lo que vale un intelectual en una época en la que la libertad para todos y la desaparición de los secretos ha hecho que el valor de la cultura baje a mínimos y, como el agua de beber, sea para todos y barata, sólo queda sincerarse con uno mismo y como dice García Sabell: "Si no acontece nada, lo mejor será callarse. Y si lo que ocurre vale la pena de ser relatado, sobran los afeites literarios. Con asistir al proceso de la vida en sí misma ya será bastante".

De cualquier manera, no es la primera vez que ocurre este proceso que se inició hace 100 años y ahora se ha convertido en degenerativo. Ya en la vieja China, hace milenios, como dice una reciente traducción de Thomas Cleary, de 1991, de *La Comprensión de los misterios del Tao*: en las dinastías de los gobiernos decadentes "la erudición cínica se utiliza pretendiendo llegar a la sabiduría, el falso criticismo se utiliza para intimidar a las masas, la elaboración de la poesía y de la prosa se utiliza para conseguir fama y honor. Todo el mundo quiere emplear el conocimiento y la astucia para ser reconocido socialmente y pierde el fundamento de la fuente global".

Hoy día, en vez de estar machangueando con la cultura, hay dos caminos: o el de las armas, como han hecho los filósofos que más arriba expresé, o el de la búsqueda del fundamento de la fuente global.